



Un megaterio en el cementerio

Fernando Lalana



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2007, Fernando Lalana
© 2007, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Anuska Allepuz

Tercera edición: mayo de 2010
ISBN: 978-84-8343-025-5
Depósito legal: M-19.164-2010
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A. - Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1. Un tipo muy alto _____	7
2. Alfonso a secas _____	15
3. Las invasiones _____	25
4. Un chequeo completísimo _____	37
5. Presentación en sociedad _____	45
6. La isla de cemento _____	53
7. En pie de guerra _____	61
Epílogo _____	71



1. Un tipo muy alto

Estaba a punto de acostarme cuando sonó el timbre de la puerta principal.

¡Trrriiiiiingl...!

Recuerdo que me quedé quieta, con un pie sobre el colchón, sujetando las sábanas con la mano izquierda y conteniendo la respiración. Una postura bastante tonta, dicho sea de paso.

Desde luego, no esperaba visita alguna a aquellas horas de la noche. Y tampoco mi tío Heliodoro, como lo demostraba el hecho de que se había dormido hacía rato.

«Habría sido un gracioso que pasaba por la calle –pensé para tranquilizarme– o alguien que se ha confundido».

Esto último resultaba difícil de creer, desde luego.

Nadie podía confundir el Museo de Ciencias, donde vivíamos mi tío Heliodoro y yo, con una casa de vecinos; o con cualquier otra casa del pueblo.

Transcurrieron lentamente veinticinco segundos.

Estaba ya a punto de volver a respirar cuando el timbre sonó de nuevo, ahora con mayor insistencia.

¡Trrriiingl....!

¡Glups! –hice yo.

No me quedaba más remedio que bajar a ver de quién se trataba. Tío Heliodoro tiene un sueño pesadísimo y no se iba a despertar de su sueño ni aunque el timbre sonase durante toda la noche.

Me armé de valor, apreté los dientes, bajé a la planta inferior, encendí todas las luces del museo y eché un vistazo por la mirilla de la puerta.

A la pobre luz de las farolas de la calle distinguí una silueta gigantesca, embutida en una gabardina inacabable y que escondía sus facciones bajo el ala de un tremendo sombrero de fieltro gris.

–¿Sí? ¿Quién es? –pregunté con un hilo de voz.

–Cristina, soy yo, Beltrán. Ábreme, por favor.

Me sentí a la vez aliviada y ridícula. ¡Naturalmente que era Beltrán! ¡Quién iba a ser, si no! Estaba tan asustada que no lo había reconocido. Es cierto que llevaba varias semanas sin saber de él; y que esa noche ya no esperaba visita alguna y, mucho menos,

la suya; también es cierto que aquel tremendo sombrero ocultaba su rostro por completo. Pero aún así, tenía que haberme dado cuenta de que se trataba de él. Ningún otro vecino del pueblo –ni de ningún otro pueblo de España, que yo sepa– mide cuatro metros de altura.

«¡Si seré boba...!», me dije, avergonzada, mientras desconectaba el sistema de alarma del museo.

A continuación, abrí la pesadísima puerta principal y por ella entró Beltrán con rapidez, lanzando miradas furtivas a uno y otro lado de la calle. Venía acompañado por un chico de mi edad al que yo no había visto en mi vida. Un forastero, sin duda.

–¡Cierra, Cristina, deprisa! –me dijo Beltrán, con voz temblorosa.

–¿Qué sucede? ¿Qué haces aquí a estas horas?

–¡Chsst! ¡Calla! –me ordenó– ¡Y apaga las luces, rápido!

–¿Qué ocurre?

–¡Nos persiguen!

El corazón me hizo potopóm.

–¿Quién os persigue? –pregunté, mientras le obedecía.

La respuesta llegó al instante, cuando se escuchó en la calle el ruido de pisadas producido por dos pares de botas militares.

–¡Pero si son Crispulo y Fernández, la pareja de la Guardia Civil!

Beltrán, asustadísimo, afirmó con nerviosos movimientos de cabeza.

–Pero, Beltrán, ¿qué has hecho?

–Nada, Cristina, nada de nada. Nada malo. Te lo prometo.

A través de la mirilla distinguí al cabo Crispulo, con su bigote a lo Pancho Villa, y al número Fernández.

–Se ha metido por esta calle, mi cabo. Estoy seguro –decía el guardia raso.

–Más te vale que sea cierto, Fernández. Como se nos escape el bicho, te meto tres días de arresto.

–¿Quiere que efectúe algunos disparos intimidatorios al aire, mi cabo?

El cabo Crispulo se echó el tricornio hacia la nuca mientras resoplaba.

–Pero mira que te gusta pegar tiros, Fernández. Eres como un niño.

–Sí, mi cabo, no lo niego. ¿Pero puedo o no puedo disparar?

–¡Pues claro que no, Fernández, no seas bruto! ¡Que no son horas de ir por el pueblo pegando tiros! ¡Que podemos sembrar el pánico colectivo y organizar una catarsis!

–¿Y eso qué es?

–Una cosa muy mala. ¡Y no me repliques, condenado, que soy tu superior!

–¡Lo que usted diga, mi cabo! En ese caso, le voy a echar el alto al bicho del modo tradicional. Vamos, si da usted su permiso.

–Vaaale. Venga...

El guardia cogió aire y se aclaró la garganta durante unos segundos.

–¡Aalto a la Guardia Civiil! –gritó el número Fernández, con la potencia de un barítono de zarzuela–. ¡Alto a la Guaaardia Civiil! ¡He dicho aaaaloooo...! ¡Aaalto o disparoooo...!

Y así, de esta guisa, con el número Fernández dando voces y el cabo Críspulo rezongando por lo bajo, los dos miembros de la Benemérita pasaron ante nosotros y siguieron calle abajo hasta desaparecer de nuestra vista y nuestro oído.

Beltrán, que había permanecido todo el rato apoyado en la pared, asustadísimo, sudoroso, tenso como una cuerda de violín, se dejó resbalar, suspirando con alivio, hasta quedar sentado en el suelo. Luego se volvió hacia mí.

–¡Buf! No puedo más, Cristina –murmuró–. Esto es superior a mis fuerzas.

No supe qué contestar. Lo vi completamente derrotado. En ese momento, se volvió hacia el chico



que le acompañaba y añadió:

–Por cierto... os voy a presentar: Este buen mozo es mi nuevo amigo Francho. Me ha ayudado a llegar hasta aquí. Ésta es Cristina. Una amiga de toda la vida.

–Hola, Francho.

–Hola, Cristina.

–¿Podemos pasar aquí la noche? –preguntó entonces Beltrán.

–¡Pues claro que sí! No faltaba más. Podéis dormir en la sala de los volcanes, que es muy calentita. Ahora os bajaré unas mantas. ¿Me ayudas, Francho?

–Sí claro.

–¿Tendrás bastante con ocho mantas, Beltrán?

–¡Huy! Y con seis también. Yo me arreglo de cualquier manera, ya sabes.

Subía yo ya por las escaleras cuando Beltrán alzó un dedo para llamar mi atención.

–Mientras volvéis, voy a charlar un ratito con mi bisabuelo, ¿eh? Es que hace mucho que no nos vemos y tengo que contarle cosas y hacerle algunas preguntas.

–Está bien.... –dije, un poco molesta.

Yo apreciaba muchísimo a Beltrán, y lo único que me fastidiaba de él eran las estúpidas conversaciones que mantenía con su bisabuelo. Y es que Beltrán

venía de cuando en cuando al museo, fuera de horas de visita, entraba en la sala prehistórica y pasaba largos ratos hablando con el esqueleto del triceratops, del que decía que era su bisabuelo. En el pueblo nadie lo creía, naturalmente, porque Beltrán es un megaterio, y un megaterio no se parece nada, pero nada de nada, a un triceratops. Ni tampoco a un diplodocus, ni a un dimetrodon, ni a un iguanodonte, dicho sea de paso.

Por otro lado, el esqueleto de triceratops nunca intervenía en la conversación. Jamás le respondía. Se limitaba a sonreírle. En el pueblo todos pensábamos que si el esqueleto del triceratops no decía ni pío era por la muy sencilla razón de que los esqueletos no hablan. Y mucho menos éste, que tan sólo tiene dos huesos auténticos; el resto es una reconstrucción en madera de abedul hecha por tío Heliodoro en sus años mozos. Beltrán, por el contrario, achacaba el silencio de su bisabuelo a su carácter poco hablador. Además, realmente él nunca le hacía preguntas; solo le hablaba, le hablaba, le contaba su vida, sus problemas, cosas de su trabajo, de sus amigos... por lo tanto, consideraba normal que no le contestase.

–Beltrán...

–¿Sí?

–Aquí tienes las mantas. Francho se queda a dormir en el cuarto de invitados.

–Ah, muy bien. Gracias, Cristina. Enseguida me acuesto.

–No tardes. Mañana tendré que despertarte a las nueve. Ya sabes que el museo abre a las diez, y no conviene que los visitantes te encuentren aquí durmiendo.

–Sí, ya, ya...

Beltrán permaneció un rato más junto a su bisabuelo, relatándole sus últimas desventuras, que, desde luego, habían sido muchas y muy gordas. Yo regresé a la planta superior, comprobé que el tío Heliodoro seguía roncando como un oso y luego me asomé a la habitación de invitados, donde Francho ya estaba también en brazos de Morfeo. Luego fui a mi cuarto, me metí en la cama y traté de dormir. Me fue imposible. Empecé a pensar en el pobre Beltrán, en todo lo que había pasado en los últimos dos meses y en la terrible situación en que se encontraba, y me desvelé por completo.

Y pensar que todo había sido culpa del nuevo maestro...

